

MANOS QUE SE ARRIESGAN A TOCAR

PREVIOS

LOCAL
Oratorio

AMBIENTACIÓN
No requiere

MATERIALES
Anexo 1 "La hemorroísa"
(OPCIONAL uno para
cada participante)
Palangana o bolo opaco
Papel y boli para cada
participante
Manto o similar

DURACIÓN
50 minutos

ÁMBITOS DE CONTENIDO

- » Profundizar en el propio conocimiento.
- » Descubrir la llamada vocacional personal.
- » Análisis crítico de la realidad e invitar a una participación activa en la transformación de la sociedad.

OBJETIVOS DEL ENCUENTRO

- » Acercarnos a la experiencia de la hemorroísa y traducirla a nuestro tiempo.
- » Favorecer una experiencia de encuentro con Jesús
- » Invitación explícita a reflexionar sobre realidades concretas que han de ser sanadas hoy, sabiendonos parte activa.

DISEÑO Y DESARROLLO DE UNA SESIÓN

ACOGIDA [5MINUTOS]

A la llegada les damos la bienvenida al espacio de la sesión, nos interesamos por su semana y entramos en el clima que requiere la sesión.

INTERIORIDAD [20MINUTOS]

LANZAMOS ALGUNAS PREGUNTAS A RESPONDER

¿Conocéis a alguna mujer de los evangelios que no tenga nombre? ¿Qué sabemos de esas mujeres? ¿Os suena la llamada hemorroísa?

Hoy vamos a conocer su historia, ella misma nos ha escrito en primera persona su experiencia de encuentro

Para ampliar si se quiere:

Mc 5, 21-43

Mt 9, 18-26

Lc 8, 40-56





DINÁMICA DE TRABAJO [20 minutos]

Les invitamos en este momento a entablar relación al escuchar el relato, **realizaremos una contemplación de la narración**. Escuchamos con los ojos cerrados la lectura tranquila.

“Una vez más tengo que presentarme pues soy una mujer anónima, enferma y arruinada. No conoces mi nombre porque los evangelios sólo me llaman ‘la hemorroísa’.

Además, estoy excluida, marginada, impura, separada, despreciada. Mis reglas permanentes son consideradas una impureza legal y esto me impide participar en la vida social, en la oración y en el trato normal con la gente. Soy un peligro de contaminación. No puedo ser tocada, ni tocar. El flujo de sangre de nosotras, las mujeres, era considerado en Israel como una fuente de impureza legal.

La mujer en el tiempo de la menstruación estaba prácticamente excluida de la convivencia social como impura y causante de impureza. Además, este estado de impureza nos obliga a pagar tributo al templo por nuestra purificación desde los doce años hasta que la sangre desaparecía con la menopausia. Las mujeres éramos las mayores contribuyentes del templo y por tanto las más explotadas.

Existía la paradoja de que el lugar de nuestra vitalidad-fecundidad era lo que nos separaba radicalmente del Dios de la Alianza. Nuestro cuerpo impuro no era digno de Yahvé y por consiguiente nos obligaba a separarnos de Él.

Quizás ahora puedas entender mejor mi sufrimiento. Yo era una mujer herida en lo más profundo de mi ser. Mi enfermedad me encaminaba

no sólo a la muerte, sino que me situaba en el mundo de la impureza según el código socio-cultural-religioso de Israel. La exclusión temporal que suponía la regla se convirtió para mí en una relegación perpetua, pues me veía privada de cualquier contacto interhumano que genera comunicación y relación, cercanía, tacto y contacto, valoración y encuentro.

¡Doce años de enfermedad y de impotencia! Gasté todo mi bios (palabra griega que significa bienes económicos y vida). A pesar de mis fracasos para curarme, no dejé de buscar salud, ni perdí el deseo, ni la esperanza.

Vi de lejos a Jesús y tuve un deseo irrefrenable de tocar la orla de su manto. ¿No me curaría Él, que tantas curaciones había realizado? Pero...no podía, me estaba prohibido tocar a nadie y menos a un rabí. Este gesto era un pecado según la ley e incluso algunos rabinos más estrictos lo consideraban susceptible de pena de muerte.

Me fui acercando poco a poco a Jesús y, en la medida de que lo ví más cerca, algo dentro de mi corazón me gritó: ‘Arriésgate, el Maestro es un hombre libre, no tengas miedo, fíate de ti y de Él!’ Lo vi claro: mi vida asó no tenía mucho sentido, ya lo tenía todo perdido... ¿Y si fuese verdad, como le había oído decir tantas veces, que la ley era para el hombre, pero no el hombre para la ley? ¿Y si no fuera un pecado luchar por mi curación tocándole? Tomé en mi interior una loca decisión: tocar el manto de Jesús en secreto y esperar.

*Me acerqué a Jesús desde la clandestinidad, a escondidas, por miedo a sufrir un castigo o una reprobación del rabí. Pero el miedo no me paralizaba y **actué, haciendo de mis manos, del sentido del tacto, vehículo de expresión de mis***



deseos de vivir y recuperarme como persona-mujer sana. Hice de mis manos lugar de comunicación y de contacto, de encuentro con la Vida.

¿Qué pasaría? **Estaba asustada, muerta de miedo, pero lo toqué.** Jesús estaba rodeado de gente, apretujado por todos lados, por lo que pensé que quizá no se daría cuenta...

Pero para mi asombro, en el mismo momento que toqué la orla de su manto, supe en mi cuerpo que estaba curada.

De pronto, Jesús empezó a mirar a su alrededor y yo me puse a temblar de miedo. A él también le había hablado su cuerpo, y sabía que había sido tocado intencionadamente. En ese momento, Jesús, rodeado de gente que lo apretaba por todas partes, **era consciente de que alguien se había puesto en contacto con Él de modo distinto y eso había hecho brotar del Nazareno lo mejor de sí mismo.** Jesús preguntó: `¿Quién me ha tocado?` Los discípulos no entendían... Pero él sabía que alguien se había relacionado con Él, cuerpo a cuerpo. Y Jesús ahora le pone palabra para dar visibilidad. La piel se le hace ojos que buscan saber y palabra que busca comunicación verbal.

Yo, aterrorizada, me denuncié a mi misma. Tenía miedo porque había transgredido la ley, lo sabía y me sentía culpable. Mi cuerpo empezó a temblar y apenas pude pronunciar palabra. Sentí la mirada condenatoria de los que rodeaban a Jesús. Pero armándome de valor le conté toda la verdad.

Jesús me puso en medio, me miró a la cara; yo reuní valor y también lo miré a los ojos, y los dos, frente a frente, nos expresamos lo mejor

de nosotros mismos: yo mi verdad más honda, Él su identidad como liberador. Jesús no solo no me reprochó nada sino que me llamo `¡hija!` Yo la impura, el excluida, la transgresora de la ley, incluida en la familia del Reino de Dios.

Al decirme: ` **Tu fe te ha salvado**´, **Jesús desplazó hacia mí la responsabilidad de la curación.** Mi fe me había salvado. Escuché con sorpresa que no había sido Él quien me había sanado, sino que la fuente del poder había sido el hecho de tocar, el haber establecido un tacto-contacto prohibido. En ese contacto me devolvió la salud y la paz. ¡Esto es demasiado! Irónicamente, la transgresión me curó.

Dejándose tocar por mí, Jesús anuló los códigos sociales y religioso, los tabúes, las leyes discriminatorias. Lo que yo leí en sus ojos era un mensaje nuevo; con su gesto sanador me estaba diciendo: **cuando los cuerpos se encuentran desde su verdad no son ocasión de pecado sino de salvación, de encuentro liberador, lugar donde se revela el Dios encarnado. Lugar de gracia.**

Te deseo que este acontecimiento salvador te enseñe a ti, nos enseñe a todos, qué miedos, tabúes, leyes o tradiciones nos impiden correr el riesgo de tocar la vida, la realidad, los cuerpos, dificultando que salga del otro la gracia salvadora que nos une"

Tras la lectura contemplativa les invitamos a responder a la siguiente pregunta
¿Qué significa para ti en este momento de tu vida, tocar y dejarte tocar para que nada te impida el encuentro salvador entre nosotros?



GESTO

Se les invita a escribir su respuesta. A pensar en alguna barrera personal o del mundo que necesite ser sanado, salvado.

Una vez realizado se invitará a acercarse al manto, para dejar en Jesús esa realidad que necesita ser tocada y a dejar en la palangana lo escrito y presentado al Padre.

CONCLUSIÓN Y RECOGIDA FINAL

[5 minutos]

COMPARTIR

Podemos invitar a **subrayar** algo del texto o de la experiencia vivida, señalar aquellos aspectos que nos hayan llamado más la atención, lo que han sentido al hilo de lo escuchado, en qué situaciones de hoy han pensado, etc.

ORACIÓN FINAL Y ENVIO [5 MINUTOS]

Tras el compartir el o la animadora leerá el siguiente texto a modo de oración:

“Ojalá que mi historia te ayude a hacer de tus manos un lugar para aprender a tocar la vida, los límites prohibidos el corazón de la realidad, los cuerpos sin miedos ni tabúes; saber correr el riesgo de lo prohibido por leyes, por purezas legales que nos saben ver los cuerpos como lugar de encuentro entre las personas porque es ahí donde se recibe y se produce sanación.

Al menos esa fue mi experiencia.

Yo, una mujer que hice de mis manos un lugar para acoger la sanación, corriendo el riesgo de tocar lo prohibido.”

Padre nuestro.



escolapios betania



www.escolapiosbetania.org



RELATO DE LA HEMORROÍSA

Una vez más tengo que presentarme pues soy una mujer anónima, enferma y arruinada. No conoces mi nombre porque los evangelios sólo me llaman 'la hemorroísa'.

Además, estoy excluida, marginada, impura, separada, despreciada. Mis reglas permanentes son consideradas una impureza legal y esto me impide participar en la vida social, en la oración y en el trato normal con la gente. Soy un peligro de contaminación. No puedo ser tocada, ni tocar. El flujo de sangre de nosotras, las mujeres, era considerado en Israel como una fuente de impureza legal.

La mujer en el tiempo de la menstruación estaba prácticamente excluida de la convivencia social como impura y causante de impureza. Además, este estado de impureza nos obliga a pagar tributo al templo por nuestra purificación desde los doce años hasta que la sangre desaparecía con la menopausia. Las mujeres éramos las mayores contribuyentes del templo y por tanto las más explotadas.

Existía la paradoja de que el lugar de nuestra vitalidad-fecundidad era lo que nos separaba radicalmente del Dios de la Alianza. Nuestro cuerpo impuro no era digno de Yahvé y por consiguiente nos obligaba a separarnos de Él.

Quizás ahora puedas entender mejor mi sufrimiento. Yo era una mujer herida en lo más profundo de mi ser. Mi enfermedad me encaminaba no sólo a la muerte, sino que me situaba en el mundo de la impureza según el código socio-cultural-religioso de Israel. La exclusión temporal que suponía la regla se convirtió para mí en una relegación perpetua, pues me veía pri-

vada de cualquier contacto interhumano que genera comunicación y relación, cercanía, tacto y contacto, valoración y encuentro.

*¡Doce años de enfermedad y de impotencia! Gasté todo mi bios (palabra griega que significa bienes económicos y vida). **A pesar de mis fracasos para curarme, no dejé de buscar salud, ni perdí el deseo, ni la esperanza.***

Vi de lejos a Jesús y tuve un deseo irrefrenable de tocar la orla de su manto. ¿No me curaría Él, que tantas curaciones había realizado? Pero... no podía, me estaba prohibido tocar a nadie y menos a un rabí. Este gesto era un pecado según la ley e incluso algunos rabinos más estrictos lo consideraban susceptible de pena de muerte.

Me fui acercando poco a poco a Jesús y, en la medida de que lo ví más cerca, algo dentro de mi corazón me gritó: '¡Arriégate, el Maestro es un hombre libre, no tengas miedo, fíate de ti y de Él!' Lo vi claro: mi vida asó no tenía mucho sentido, ya lo tenía todo perdido... ¿Y si fuese verdad, como le había oído decir tantas veces, que la ley era para el hombre, pero no el hombre para la ley? ¿Y si no fuera un pecado luchar por mi curación tocándole? Tomé en mi interior una loca decisión: tocar el manto de Jesús en secreto y esperar.

*Me acerqué a Jesús desde la clandestinidad, a escondidas, por miedo a sufrir un castigo o una reprobación del rabí. Pero el miedo no me paralizaba y **actué, haciendo de mis manos, del sentido del tacto, vehículo de expresión de mis deseos de vivir y recuperarme como persona-mujer sana. Hice de mis manos lugar de co-***

ANEXO I. RELATO DE LA HEMORROÍSA

comunicación y de contacto, de encuentro con la Vida.

¿Qué pasaría? **Estaba asustada, muerta de miedo, pero lo toqué.** Jesús estaba rodeado de gente, apretujado por todos lados, por lo que pensé que quizá no se daría cuenta...

Pero para mi asombro, en el mismo momento que toqué la orla de su manto, supe en mi cuerpo que estaba curada.

*De pronto, Jesús empezó a mirar a su alrededor y yo me puse a temblar de miedo. A él también le había hablado su cuerpo, y sabía que había sido tocado intencionadamente. En ese momento, Jesús, rodeado de gente que lo apretaba por todas partes, **era consciente de que alguien se había puesto en contacto con Él de modo distinto y eso había hecho brotar del Nazareno lo mejor de sí mismo.** Jesús preguntó: `¿Quién me ha tocado?` Los discípulos no entendían... Pero él sabía que alguien se había relacionado con Él, cuerpo a cuerpo. Y Jesús ahora le pone palabra para dar visibilidad. La piel se le hace ojos que buscan saber y palabra que busca comunicación verbal.*

Yo, aterrorizada, me denuncié a mi misma. Tenía miedo porque había transgredido la ley, lo sabía y me sentía culpable. Mi cuerpo empezó a temblar y apenas pude pronunciar palabra. Sentí la mirada condenatoria de los que rodeaban a Jesús. Pero armándome de valor le conté toda la verdad.

Jesús me puso en medio, me miró a la cara; yo reuní valor y también lo miré a los ojos, y los dos, frente a frente, nos expresamos lo mejor de nosotros mismos: yo mi verdad más honda, Él su identidad como liberador. Jesús no solo no me reprochó nada sino que me llamo `¡hija!` Yo la impura, el excluida, la transgresora de la

ley, incluida en la familia del Reino de Dios.

Al decirme: `Tu fe te ha salvado´, Jesús desplazó hacia mí la responsabilidad de la curación. Mi fe me había salvado. Escuché con sorpresa que no había sido Él quien me había sanado, sino que la fuente del poder había sido el hecho de tocar, el haber establecido un tacto-contacto prohibido. En ese contacto me devolvió la salud y la paz. ¡Esto es demasiado! Irónicamente, la transgresión me curó.

Dejándose tocar por mí, Jesús anuló los códigos sociales y religioso, los tabúes, las leyes discriminatorias. Lo que yo leí en sus ojos era un mensaje nuevo; con su gesto sanador me estaba diciendo: **cuando los cuerpos se encuentran desde su verdad no son ocasión de pecado sino de salvación, de encuentro liberador, lugar donde se revela el Dios encarnado. Lugar de gracia.**

Te deseo que este acontecimiento salvador te enseñe a ti, nos enseñe a todos, qué miedos, tabúes, leyes o tradiciones nos impiden correr el riesgo de tocar la vida, la realidad, los cuerpos, dificultando que salga del otro la gracia salvadora que nos une"

